

## Capítulo 3 — La duna sin raíces



El ascenso fue más largo de lo que parecía. Desde el bosque, la duna de piedra había parecido un montículo suave, redondeado, como una protuberancia natural surgida por capricho geológico. Pero al acercarse, Sira notó que no era una colina cualquiera: no tenía árboles, ni hierba, ni rastro de líquenes. La piedra era gris pálido, casi blanca en algunos tramos, y estaba tan limpia que parecía haber sido cepillada por el viento durante siglos. Ninguna raíz la había perforado jamás.

Sira apoyó una mano sobre la superficie y sintió una temperatura que no coincidía con el aire: no estaba caliente por el sol, ni fría por la sombra. Era constante, como el interior de una cueva. A su alrededor, el bosque callaba. Había dejado atrás la zona de helechos y ramas entrecruzadas. Aquí, todo era piedra, polvo fino y un eco que no debía estar ahí.

Subió con calma, tanteando cada paso, observando la curvatura suave del terreno. No había marcas visibles, ni entradas, ni hendiduras, pero algo en la forma del terreno le decía que debía buscar. Al alcanzar la cima, se detuvo a observar el horizonte: el bosque se extendía como una alfombra

interminable, interrumpida solo por una línea de bruma lejana que no podía ser niebla natural. Al sur, nada se movía. Al norte, tampoco.

Entonces se arrodilló y pasó las manos por la piedra.

Buscó grietas, líneas, cambios en la textura. Al principio no halló nada. Pero tras unos minutos de rastreo meticuloso, sus dedos se toparon con una depresión, una línea recta de apenas un dedo de ancho que no encajaba con las vetas naturales. Trazó su contorno: era un rectángulo, de unos sesenta centímetros de largo. No era una losa, sino una tapa. Estaba tan bien ajustada que apenas se distinguía del resto de la duna. Sira sacó su cuchillo y lo insertó con cuidado en una esquina. La piedra cedió con un leve chasquido.

Bajo la tapa, un hueco.

Oscuro. Profundo. Con una escalera tallada directamente en la roca.

No había olor a moho ni a muerte. Solo una corriente de aire seco y estable que ascendía desde el interior, como el aliento de una cámara cerrada durante siglos.

Sira dejó la tapa a un lado y bajó.

Los escalones eran estrechos, y la pendiente, irregular. Descendió en espiral, sin ver más allá de un par de metros por delante. A los diez escalones, el mundo exterior desapareció por completo, y con él, la luz del día. Encendió una ramita impregnada en sebo endurecido, que ardió con llama baja y sostenida. La sostuvo delante y siguió bajando.

La cámara se abrió tras treinta escalones más.

Era más alta que ancha, de techo abovedado y paredes lisas, cubiertas de un polvo muy fino que flotaba con cada paso. El suelo estaba cubierto de una grava negra que crujía al pisarla, pero sin ecos. Al fondo, una estructura de piedra elevada: una mesa, o altar, o banco. Sobre ella, algo cubierto por una tela oscura, sin bordados.

Sira se aproximó con respeto, conteniendo la respiración.

La tela estaba seca, sin pudrirse. Tenía la textura de una hoja prensada y vieja. La levantó con cuidado.

Deabajo, había un objeto.

Era un cilindro del tamaño de una botella, hecho de un material que no supo identificar. No era madera ni metal, pero tenía vetas internas, como si algo se hubiera solidificado con lentitud. En uno de sus extremos, una hendidura circular. En el otro, una cavidad del tamaño de la piedra negra que aún guardaba desde la noche anterior.

No hizo nada.

Solo lo observó.

No era parte de ninguna cultura que conociera. No tenía símbolos. No tenía marcas de herramientas. Pero sí presentaba un diseño claro, como si fuera una pieza de algo más grande. Algo que alguien había ocultado ahí mucho tiempo atrás.

Sira se sentó en el suelo. No intentó encajar la piedra. Aún no.

La cueva estaba en silencio, pero no muerto. Se sentía viva, como una garganta petrificada esperando una palabra que nunca llegó.

Entonces notó algo más.

Una pared lateral tenía marcas. No eran dibujos. Eran como rozaduras. Trazos repetidos, líneas sin orden. Como si alguien hubiera intentado escribir sin saber cómo. O como si hubieran Arañado buscando salir.

Sira alzó su llama. No eran Arañazos recientes. El polvo los había cubierto casi por completo. Nadie había estado allí en mucho tiempo.

Aún así, había una inquietud bajo la piedra. Como si el lugar recordara cosas que ya no estaban.

No se quedó mucho más. Volvió a colocar el cilindro en su sitio, cubriéndolo de nuevo con la tela. Subió los escalones sin prisa. Antes de salir, miró una última vez hacia abajo. El aire era igual de seco. La piedra igual de fría. Pero al cerrar la tapa, sintió algo leve, casi imperceptible: el eco de una vibración que no provenía de sus pasos.

Al regresar al bosque, el sol ya estaba alto. La piedra negra en su bolsa parecía un poco más cálida. No lo anotó. No lo comentó en voz alta.

Pero lo pensó.

Y entonces supo que no estaba siguiendo un fragmento cualquiera.

Estaba caminando hacia algo que también venía hacia ella.



*Erik el rojo*